

LA EPOPEYA COLOMBIANA

Por: ROBERS

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 108, Volumen XXX
1976*

-I-

Dónde tomar, oh Musas, el aliento para que suene la épica trompeta?
Oigo una voz tronante que me reta a desafiar la barca de Carón!
Es la voz de mi patria, que en el viento viene desde la selva y de los mares.
Es Colombia, que a su hijo pide altares donde el pueblo le eleve una oración!

Hay, en la oscuridad de la prehistoria perdida entre los siglos, un arcano
que no ha encontrado todavía la mano cuyo velo se atreva a descorrer.
Pero es, en cambio tan fugaz su historia, tan breve el tiempo de la patria mía,
que no me arredra, Musas, la osadía de cantar su grandeza por doquier.

Y mi canto es un grito. No es arrullo que como el de la fuente cantarina
sólo al oído llegue que adivina apenas el sonido de la voz.
Mi canto es catarata. No es arrullo que amor endulce o meza dulce cuna,
sino un trueno que llegue hasta la luna y en un cohete se remonte a Dios.
Que mi eco se pierda entre las nubes como un castillo de almenada torre,
porque en mi sangre y por mis venas corre un no sé qué de célica ansiedad.
Que mi grito recojan los querubes en sus alas de plata y rompa el cielo.
Que el cóndor de Colombia alce su vuelo y haga temblar la azul inmensidad.

-II-

Hace milenios, dantas y zainos, pumas, jaguares, soches y venados,
faras y simios no eran oteados por hombre alguno en bosque tropical.
Caimanes y pirañas y dañinos gimnotos en el fondo de las aguas
no veían lanzarse las piraguas cual flechas en el límpido raudal.

Columnatas de templo milenario, gigantes troncos de sin par belleza,
dominaban el bosque y la maleza que a sus plantas tenían como escabel.
Su tupido follaje era santuario donde las aves y las mariposas
chupaban su color a las hermosas flores que no soñó ningún pincel.

Colombia comenzó por una estrella del gran macizo andino enamorada,
que se volvió de plata en la nevada cumbre y luego se tornó cristal.
Su fuego incandescente dejó huellas en volcanes de rojas fumarolas,
el mar quiso arroparla con sus olas y su beso de espuma se hizo sal.

Del corazón de América en la esquina, entre dos mares de alargadas playas
que buscaron los Incas y los Mayas del Perú y de la América Central,
en tres ramales la tridente andina extiende el dorso de empinados picos
que ocultan en su entraña los más ricos yacimientos del reino mineral.

Cuarenta y tres hectómetros de altura entre el suelo y el cielo se levanta
el pico de Cutanga y a su planta se rinde el valle de San Agustín.
Pueblo de megalítica cultura que en ese sitio otrora tuvo asiento
dejó en la piedra el rastro de su aliento y como él no encuéntrase otro afín.

Grandioso en su genial primitivismo de sencillez rayana en geometría,
es el misterio de su etnología intenso y vario en su interpretación.
Qué ignoto y retumbante cataclismo acabó con el pueblo agustiniano
que labró en las estelas el arcano con una vigorosa decisión?

Criptas, efigies, fuentes zoomorfas, viejos cultos telúricos invocan,
pero escalas y bóvedas evocan poderosa raigambre cultural.
La columna y pilastra antropomorfas, los muros revestidos de colores,
muestran un pueblo de dominadores, enigma de la historia universal.

Su control demográfico fue causa quizás de la extinción de aquella gente
por su pequeño número impotente a resistir del Quechua la invasión?
Hay un grande silencio, hay una pausa que se disuelve en Un interrogante,
por qué este pueblo en su esplendor brillante no pudo subsistir como nación?

Otra estrella fluvial hay en el Norte: la sierra de perpetua y nívea albura,
cincuenta y ocho hectómetros de altura en el cimero pico de Colón.
En Posigüeica se fijó la corte de la brava y audaz tribu tairona
que forjó su leyenda y su corona al arrullo de atlántica canción.

Por las vertientes de las cordilleras o por los valles de los anchos ríos
encontraban Quimbayas y Catíos al Zenú, al Quillacinga y al Momil,
familias ceramistas y guerreras de Pijaos, Calimas y Paeces,
Gualies y Panches, Guanes, Payaneses y Guajiros de tipo pastoril.

En el centro, los chibchas industriosos, de una estirpe que en muchas migraciones
alargó sus extensas radiaciones del Chicamocha al Golfo del Darién,
sobrios, introvertidos, maliciosos, con el feroz Caribe comerciaron.
Al Arawak indómito alejaron y en la Sabana hicieron un Edén.

III

Pero cómo llegaron y de dónde vinieron? De qué remotos pueblos, de qué extrañas naciones?
O que brillante estrella guiaba sus migraciones? Dónde el tallo frondoso tuvo otrora raíz?
Quizás algunas tribus, unas pocas, huyeron de una fuerte epidemia, de guerra asoladora;
de oscuro cataclismo enrumbaron su prora desde lejano imperio hasta nuestro país.
La Rosa de los Vientos la corriente marina y el golpe de los remos llevaron poco a poco
Sus frágiles falúas a donde el Orinoco abre sus siete brazos como un esparavel.
Dejaron la espuma blanquecina y cual suben los peces remontaron el río
en busca de un afluente menos raudo y bravío, hallando caza y pesca, mañoco, yuca y miel.

Y por el Meta arriba se internaron al llano. Quizás el Guanapalo llevólos a Nunchía,
Chámeza el Cusiana, hasta Tota el Upía y el perezoso Guavio a Tenza y Gachalá.
Buscaban en los Andes un clima frío y sano y casi a flor de tierra, encontraron las minas,
verdes las de esmeraldas y blancas las salinas, y detrás de los lagos estaba Bacatá.

Pueblo de navegantes, edificó santuarios al pie de las lagunas y templos en las fuentes
y su diosa fue el agua que les daba a sus gentes salud, cosechas, ritos y el reposo final.
En sus nuevos dominios, tórnese sedentario. El paisaje lacustre lo hizo imaginativo
tal la Bachué de Iguaque, cuyo mito alusivo es génesis indígena en el agua lustral.

El medio ambiente físico del altiplano andino configuró una raza de rasgos peculiares
agrandó sus mandíbulas de gruesos maxilares, dilató sus narices, ensanchó su pulmón.
Frente y ojos pequeños en el rostro cetrino cuerpo ancho y musculoso para cargas pesadas,
frente y piernas cortas para largas jornadas y así se fatigaba menos el corazón.

La cordillera abrupta que le servía de suelo facilitóle al muisca las rocas apropiadas
para esculpir figuras, de esas que acurrucadas contemplan el paisaje, más que espejo, troquel.
Sobre el cerro, a su espalda, ruge el viento en el cielo, medroso y sugerente de macabras deidades
que crecen al amparo de las profundidades de la noche que cruzan las sombras en tropel.

Los vientos sobre el lago desatan la tormenta, el trueno que ensordece y el rayo que fulmina
hacen sentir al Chibcha la cólera divina y por sus venas crece el hielo del terror.
Al frente la laguna se extiende soñolienta, le brinda la esperanza de una pesca abundosa,
Lo arrulla con sus ondas cual madre cariñosa y el agua sigue siendo símbolo del amor.

En medio de los juncos flexibles de la orilla que hace ondular la brisa como una cabellera,
croa y salta la rana, esmeralda ligera, liviana, como el aire, de uno a otro matorral.
En la celeste bóveda un sol ardiente brilla y sus rayos penetran las ondas irisadas
que estremecidas tiemblan, del astro enamoradas, a la caricia cálida de ese beso nupcial.

El chibcha no se cansa contemplando paisajes que a su fantasía prestan el resplandor del mito.
La laguna, en la tarde, refleja el casto rito que acuna los amores de la luna y el sol.
Las nubes van formando vaporosos celajes, la luna sale tímida tras de la serranía
y el sol, que va cayendo desde el Poniente envía para la novia pálida su beso de arbol.

Así Fúquene y Siecha, y Guatavita y Tata, y Cucunubá y Sisga, y Sesquilé y Ubaque
fueron para los muisca, cual se dijo de Iguaque, la residencia y síntesis de la divinidad.
Allí los grandes ríos inician su derrota de cientos de kilómetros por valles y montañas
y en las profundidades de sus hondas entrañas tuvo ignoto principio toda la humanidad.

De diferente origen, raza, tipo y facciones, muchas tribus caribes a los chibchas rodearon. Fuertes y belicosas, su simiente regaron por la costa y los llanos en toda dirección. Tras los chibchas vinieron no pocos invasiones trepando las gargantas y el cauce de los ríos, las razas se mezclaron, y así, con nuevos bríos lograron de su reino la consolidación.

Más no sólo llegaron, en los tiempos lejanos, tribus de Centro América y el Mar de las Antillas. Las leyendas evocan mitos y maravillas que tienen un origen extracontinental. Quizás extraterrestre. La Historia tiene arcanos que exceden los límites de nuestra inteligencia, son todavía incipientes los frutos de la ciencia y el tiempo es barricada para el pobre mortal.

Qué eran las aves negras del dios Chiminigagua, pájaros gigantescos que los cielos cruzaban y por sus grandes picos una luz arrojaban tan fuerte y tan brillante como la luz solar? Quién era, de dó vino el gran Chimizapagua, erwiado de los dioses, múltiple en apariencias, que enseñaba a los chibchas rudimentos de ciencias, la moral predicaba y al pueblo hacia cantar?

Y Chibchacún, amigo y aliado de esas gentes, el que sobre sus hombros sostenía las naciones, que construyó represas y causó inundaciones? De dónde Nemqueteba o Sadigua o Xué? Eran seres distintos, de razas diferentes, que en diferentes épocas y en distintas edades vinieron y esfumáronse. Entre aquellas deidades hubo una femenina que fue Huitaca o Chié.

Cayeron de las nubes al fondo de los lagos? Chocaron sus cohetes contra una serranía? buscaban sal yagua que en abundancia había? Lograron con el tiempo sus naves reparar? Progenie no dejaron. Sus rastros son muy vagos. Coincidió su presencia con grandes cataclismos, las montañas se abrieron. Por profundos abismos tres grandes ríos buscaron el camino del mar.

De Fúquene y de Tota, al mismo meridiano, por Saboyá y por Tópaga grandes brechas se abrieron que el Norte caudalosos torrentes condujeron. Fue éste un sismo geológico o atómico quizás? Aparece Bochica con semblante de anciano. Con su voz y su gesto y su vara de plata labra del Tequendama la nívea catarata y se remonta al cielo en arco iris de paz.

-IV -

Para autóctonos lacustres, de los tiempos primitivos solo hubo tres deidades: el agua, el sol y la luna, y todas se confundían, una sola, en la laguna. Esa fue su teogonía. Esa fue su trinidad. Las lluvias que fecundaban sus sembrados y cultivos, el sol que nunca faltaba a la cita matutina, la luna, que engalanaba la jornada vespertina, se fundían en el espejo de la azul profundidad.

Y de allí nació la vida cuyo símbolo es la rana, pequeñita y verdecita, color de las esmeraldas, de hojas, de tallos, de ramas y de árboles, que en las faldas de las vecinas colinas se pierde al anochecer. Débil figura de niño, rasgos de vida temprana, saltarina en los juncales y en las tardes cantadora, leve como el aire mismo y excelente nadadora, era el fruto de las aguas, tenía nombre de mujer.

El contacto de otras tribus que subieron desde el llano
trajo mitos y costumbres religiosas diferentes.
Allá el agua es enemiga. Los raudales y torrentes
son linderos arcifinios que dividen la nación.
Pero el sol sobre la pampa, solitaria es soberano,
voluntad omnipotente que gobierna el ancho mundo,
broncea el dorso, quema el rostro y se duerme en lo profundo
de la noche, del misterio, del silencio y la emoción.

Los muiscas, que conservaron la enseñanza de Bochica,
que vivían modestamente dedicados al cultivo,
pueblo sufrido tranquilo, paciente y contemplativo,
se encontraron, de repente, con un mágico esplendor.

Por Oriente, Nemqueteba nuevo culto les predica,
nuevas prácticas agrícolas con el sol les relaciona,
les enseña a tejer mantas y la gente se amontona
para oír las buenas nuevas de este anciano encantador.

De Chingaza cruza a Pasca, baja a Bacatá por Bosa,
donde muere de cansancio su rara cabalgadura,
sigue a Fontibón y Funza y detrás de su figura
una multitud de fieles se abalanza sin cesar.
Llega a Cota. En una cueva de la falda montañosa
vive un tiempo. Fue preciso construir unos vallados
para aislar-lo del tumulto. Los fosos fueron colmados
con tesoros y regalos de los que ibanle a escuchar.

Por la vía de la sal, a Saravita, hacia el Norte,
parte a tierra de los Guanes que su efigie dibujaron:
lengua barba que los indios, muy lampiños, nunca usaron
y por esa circunstancia les causó curiosidad.
Broche de oro al hombro izquierdo, como usa el Inca en su corte,
para sostener el manto y su talar vestidura,
y de la rica diadema le cae hasta la cintura
una lengua cabellera, dividida por mitad.

Y de nuevo, andando, andando, pone rumbo hacia el Oriente,
abandona el territorio industrioso de los Guanes
y por Paipa y por Cerinza se acerca hasta Güicanes
que bajan desde la sierra en danzante frenesí.
y seguido, como siempre, de una multitud de gente,
baja al borde de las vegas del agreste Chicamocha,
minas de carbón y hierro les enseña cerca a Socha
y entra al valle de Suamox por Tópaga y por Monguí.

Misionero del dios Sol, funda allí un pontificado,
les descubre a sus discípulos principios de astrología,
les divide el año en meses y en cuatro partes el día,
les enseña cuando deben sus cosechas recoger.
Finalmente, Nemqueteba, el anciano venerado,
huye de las multitudes cerca al poblado de Iza,

deja una huella indeleble, la piedra que su pie pisa,
y las gentes de esos tiempos no lo volvieron a ver.

-V-

Si el dominio teocrático imperaba al pie mismo de Tata, en el hermoso vallecito de Iraca o Sogamoso, hacia el confín del límite oriental, otro gran señorío se perfilaba, con cuasi democrática estructura, en las tierras del Susa, hacia la altura de Ráquira y región septentrional.

El Susa, el Zaque, el Zipa, fueron reyes con su feudal cohorte de señores que llamaron poseedores todos ellos de ubérrima heredad. Dictaban a su modo, justas leyes, protegían las artes incipientes, se envanecían de rectos y prudentes y gozaban de gran autoridad.

Los caciques Ubaque y Guatavita fueron tan ricos y tan poderosos como el Ramiriquí. De numerosos vasallos recibían tributación en Somondoco, Tenza y Tibiritá, en Sora, en Tibaná y en Lenguazaque, en Soacha, en Usme, en Fosca y en Chipaque, en Gachetá, en Sopó y en Nemocón.

En grande y pesados monolitos y como amojonando sus fronteras, sobre las rocas de las cordilleras dio el Chibcha curso a su imaginación. Allí, en evocaciones de los mitos y de los sacrificios sanguinarios, o también de los ritos funerarios, plasmo en rombos su civilización.

Al pie de cada roca-adoratorio, ofrendaban los muiscas su tesoro, tapices, mantas, figuritas de oro y aun del Moxa la hermosa pubertad, Muchas de ellas están en promontorios, por lo escarpados casi inaccesibles. Empero, en esas. piedras hay Invisibles huellas de una pasmosa habilidad.

Sus cosechas de frutos abundantes, el níveo cristal de sus salinas, las verdes gemas de sus ricas minas, la extracción de la cera y de la miel, hicieron de los chibchas comerciantes que desde Aipe a la sierra del Cocuy, desde Muzo a Cumaca y Tibacuy, llevaron sus productos a granel.

Cambiaban sal y papas y esmeraldas por oro en polvo de lejanas minas por algodón en rama o por marinas conchas o por rosado caracol. Trepaban y bajaban por las faldas de los Andes en busca de pescado y establecieron puestos de mercado de donde nace a donde muere el sol.

Y así fueron los chibchas artesanos de justa fama y grande nombradía. Se distinguieron en la orfebrería sin tener minas de oro en su región, Maestros del trabajo de sus manos, artistas del color y emprendedores, fueron los muiscas finos tejedores, sin tener. en sus tierras algodón.

En el valle de Iraca o Sogamoso, núcleo solar del culto de Sadigua, que se extiende entre el Ande y la manigua. se hizo fuerte el Cacique Nompaném. Y ya en el siglo quince era famoso por sus' conquistas y por sus alianzas, por la afilada punta de sus lanzas y por su oro el Zipa Nemequén.

- VI-

El siglo quince va expirando y más hallá de las Antillas
rompen las olas con sus quillas las carabelas de Colón.
En ellas viene navegando la España del Renacimiento
que encuentra en el descubrimiento de nuestra América un filón.

Allá, en los campos de Granada, por los senderos de Castilla
o en el Alcázar de Sevilla, queda de España lo mejor:
los que ganaron con su espada muchas victorias a los moros,
mayorazgos sin más tesoros que sus castillos y su honor.

Pero en los siervos de la gleba, en segundones y truhanes,
en galeotes y rufianes, reina un demonio: la ambición.
Su gran miseria los subleva. Quieren alhajas y dinero.
Darían la vuelta al mundo entero como Argonautas tras Jasón.

Luis de Santángel, usurero que es escribano de raciones,
ha puesto a flote los pendones del Rey Fernando e Isabel,
porque ha prestado su dinero en las joyas de la Corona
para que el viento hinche la lona en cada palo del bajel.

Tras los Pinzón y el Almirante se vienen cien aventureros
convertidos en marineros, en pos del brillo del metal,
y desafiando al bravo Atlante con las proas de sus esquifes
se transforman en alarites de una obra monumental.

La ciega fe del navegante, que dará apoyo a Galileo,
rompe el tabú de Ptolomeo y abre caminos en la mar,
con su astrolabio y su sextante reta Colón a las estrellas,
ondas de espuma son sus huellas, un nuevo mundo va a encontrar.

Para el blasón de dos Castillas, como diadema luminosa,
Colón, Ojeda y De la Cosa nuevas costas van a surcar.
Cada islote de las Antillas, cada cabo, cada ensenada
es, a su atónita mirada, invitación a navegar.

Cuatro viajes, en doce años, desde la península ibérica
al gran milagro que es América, realizó Cristóbal Colón.
y cargado de desengaños, de cadenas y de pobreza
legó a otros la nueva empresa: conquista y colonización.

Enfermos, sucios, sudorosos, rojos de fiebre, alucinados,
de tanto mar ya fatigados, sólo quisieran descansar.
Más los celajes luminosos del nuevo mundo ante su vista
los impelen a la conquista que sólo ahora va a empezar.

Aves rapaces, que su nido dejan en busca de una presa,
convierten en heroica empresa la aventura del Genovés.
"Yo, Majestad, un hombre he sido que a la Corona dio más tierras
que las herencias y las guerras", pudo decir Hernán Cortés.

Y Vasco Núñez de Balboa, con la ambición de hacerse rico,
a los ladridos de Leoncico va a descubrir el Mar del Sur.
Pizarra labrará su proa para la nave de sus sueños.
Todos quisieran ser los dueños de este mar de plata y azur.

Alborea el siglo dieciseis cuando América, el florentino,
traza en sus cartas el camino para el afán conquistador.
Y en mil quinientos treinta y seis a la leyenda de El Dorado
de Quito a Coro ha cabalgado sobre los vientos del rumor.

Señores al mundo Carlos Quinto. Reina en España la avaricia
Con la ambición y la codicia que el oro atrae como un imán.
Ya Belalcázar lleva al cinto una tizona ensangrentada.
en Santa Marta está Quesada y, en la Orinoquia, Federmán.

Jorge Robledo, desde el Cuzco, con sus soldados y mastines,
buscando el oro en los confines de Dobaibe y de Sopetrán
llega hasta el valle del Tonusco. Su Jefe, en busca de El Dorado
muchas ciudades ha fundado, entre ellas Cali y Popayán.

Pedro de Heredia en Cartagena para su puerto encuentra el suelo.
(Pedro Claver hallará el Cielo bajo su dombo azul turquí).
Y sobre el oro de su arena, bajo las palmas de sus playas,
se ha confundido en rojas rayas la sangre de Calamari.

Todo el empuje de su raza palpita en los conquistadores.
Sienten sus carnes los ardores que enervan climas y pasión.
Bajo su yelmo y su coraza, en los caballos andaluces,
con tiros de sus arcabuces sembrando van la destrucción.

Las indias brindan su hermosura tímidamente y sin recelos.
Los indios sienten rabia y celos. Su lucha cruel va a comenzar.
Desde el follaje y la espesura defienden ellos su derecho.
Las flechas van buscando el pecho del intruso peninsular.

Se interponen los misioneros en esta lucha entre dos razas.
En los discursos de Las Casas el indio encuentra protección.
Surgen entonces los negreros, con su comercio repugnante,
con el mercado degradante que abre una nueva inmigración.

Del país de Ia Media Luna, desde las costas africanas
a las costas americanas llegan los barcos del dolor.
Son los esclavos de tez bruna, de ojos brillantes como estrellas
que fulguran como centellas en noches llenas de pavor.

Traídos por los mercaderes, y con el látigo obligados
a los trabajos más pesados, se les maltrata sin piedad.
Con sus hijos y sus mujeres lloran, y el eco de sus llantos
y el triste ritmo de sus cantos se oye en el campo y la ciudad.

Y van fundándose poblados y van fundiéndose las razas.
De las chozas y de las casas el humo gris se ve salir.
De cromosomas tan mezclados de los llantos y de las risas,
del atropello y las sonrisas, la' nueva gente va a surgir.

Sangre europea, sangre africana, mezclada con la sangre indígena
que alimentó savia terrígena e hizo crecer el padre Sol,
sangre de amor, sangre de guerras, sangre de ambición infinita,
esa es la sangre que palpita en el Virreinato español.

De allí saldrán los escritores que con su pluma y su talento
darán color y movimiento al sonoro idioma del Cid.
De allí saldrán libertadores que con el temple de su acero
serán asombro al mundo entero como valientes en la lid.

Se ha cumplido el eterno rito: lucha entre el odio y la esperanza,
entre el amor y la venganza, que nadie puede detener,
Y se ha hecho realidad el mito: candente rayo rojo y gualda
ha fecundado la esmeralda. La nueva raza va a nacer.

ROBERS.

